

Yo no podía hacer más que tener las tropas acuarteladas, vigilarlas sin manifestar desconfianza, y estar listo para ocurrir violentamente á donde fuese necesario. Pero por lo demás, no tenía datos para obrar contra alguien.

En esto, llegó la conducta custodiada por una fuerza de Guanajuato, que tuvo la imprevisión de alojar en el cuartel de artillería. Aquella noche aumentaron las alarmas y las noticias fatídicas, lo que dió por resultado que huyera el sueño de mis ojos y que pasara largas horas de cruel insomnio de cavilación. Por fin, un rayo de luz iluminó mi cerebro, y creí haber comprendido perfectamente la situación en que me hallaba.

Los Jefes reaccionarios, con anuencia, ó sin ella, de D. Isidro Díaz, trataban de promover un motín, probablemente para secundar á los de Orizaba á favor de la intervención. Como no contaban con la guarnición, se valían de mil chismes para sembrar la discordia, esperando por este medio lograr que estallase algún movimiento, en cuyo caso se agregarían á uno de los contendientes para inclinar las cosas á la realización de sus ideas.

Sin estar de acuerdo con ellos, D. Diego Flores aumentaba el desorden con mil cuentos, divulgándolos por medio de sus agentes que iban á los cuarteles, y hallaban á los matriculados y cargadores que casi siempre tomaban parte en las asonadas de Tampico. La idea de D. Diego era inspirarme temer para que llamase á las armas su batallón, cosa que yo no podía hacer, porque no tenía con que mantenerlo; pero el buen señor ayudaba inconsientemente á los reaccionarios.

Por otra parte, los liberales y la Oficialidad de los cuerpos achacaban el malestar que se sentía á las intrigas de D. Isidro Díaz, clamaban porque se le obligase á embarcar, y muchos prorrumpían en sangrientas amenazas contra él.

Mi posición era por demás comprometida; pero ya no temí las consecuencias, desde el momento que ví la situación con claridad. Formé mi programa para el día siguiente, y me dormí con tranquilidad.

Mi primera idea fué la de obligar á D. Isidro Díaz á trasladarse á Pueblo Viejo, mientras llegaba el paquete inglés para que se embarcase. En seguida, hacer salir con un pretexto honroso, al Teniente Coronel Tamayo, Jefe reaccionario con alguna influencia en su partido, y que me había ofrecido sus servicios hacía algunos días.

Por último, ordenar al Jefe del batallón de Guanajuato que se pusiese inmediatamente en marcha para San Luis. Pero tropezaba con la dificultad de que había dado permiso para que fuese el cuerpo á la Barra para que se bañase la tropa y conociese el mar; mas, tenía necesidad de llevar adelante mi idea, pues era casi seguro que no pudiendo seducir á la guarnición, habían de procurar conquistar á la fuerza de Guanajuato; y yo había cometido la imprudencia de haberla alojado en el cuartel de artillería.

A la mañana siguiente fui á la Comandancia, sin comunicar á persona alguna mi proyecto, y di principio á su ejecución.

Tenía yo de Secretario al Lic. D. Mauro Herrera, que había heredado del General Tapia. Como Herrera tenía amistad con D. Isidro Díaz, le dije que le llevase un atento recado de mi parte, manifestándole que su permanencia en Tampico era inconveniente, porque unos conspiraban en su nombre y otros conspiraban contra su persona; que me sería muy doloroso que fuese á ocurrirle una desgracia que yo no pudiese evitar, y por lo mismo, le suplicaba que se trasladase á Pueblo Viejo á esperar el paquete.

Herrera me dijo que él no podía aceptar semejante encargo: que sentía que los que me aconsejaban me empujasen por ese camino de persecuciones, que nadie sabe á donde conduce y que casi siempre es fatal á los que lo siguen. Le contesté que ninguno me aconsejaba, ni tampoco le pedía consejos á él, aunque se los agradecía; que lo que le pedía era que nos hiciese un servicio á Díaz y á mí, para que sin escándalo, aquél se fuese como por su voluntad.

Convino entonces en desempeñar su comisión en lo particular; pero me advertía que probablemente Díaz se resistiría, pues tenía pasaporte del Gobierno; que él creía (Herrera) que mis temores de que se alterase el orden eran infundados tanto más, cuanto que podía disponer de la fuerza de Guanajuato para ponerla en Casa Mata, en cuyo caso podía dormir tranquilo. Le contesté que, en efecto, esto era una garantía; pero como desgraciadamente aquella fuerza tenía que marchar dentro de pocos días, volverían las cosas á quedar en el mismo estado; que en cuanto que el Señor Díaz se resistiera á marchar, lo sentiría mucho, porque tendría entonces que hacer uso de la fuerza.

En seguida mandé llamar al Teniente Coronel Tamayo y le anuncié que había llegado el momento de aceptar sus servicios, porque en la ciudad se conspiraba. Me contestó que se alegraba mucho de poder servir á mis órdenes; que él me garantizaba la tranquilidad: que con poner en Casa Mata la fuerza de Guanajuato, no habría quien se moviera, sin contar con que él era muy conocido en Tampico por su valor, y todos le temían.

Aprobé su idea, y le aseguré que la pondría en práctica; pero que por lo pronto, exigía de él un servicio importante: que no tenía confianza en la guarnición, y deseaba que él marchase violentamente á Huejutla para que informase á D. Jesús Andrade (Jefe Político) del estado de las cosas, y exigir de él que me mandase algunas fuerzas. Escribí á Andrade una carta sobre el motivo del viaje de Tamayo, y añadía *que si las noticias que este le diera, las consideraba de importancia, lo auxiliara, haciéndolo marchar al Ejército de Oriente, para ponerlas en conocimiento del Señor General en Jefe.*

Leyó Tamayo la carta y quiso que también le diese un oficio, lo que verifiqué. Pretendía que lo auxiliara con una paga de su empleo, pero á duras penas le pude conseguir media paga. Solicitaba no marchar hasta el día siguiente; pero yo me opuse, manifestándole que en asuntos de la importancia del que nos ocupaba, no debía perderse ni un minuto; y lo obligué á pasar el río en el acto.

Poco después llegó el Lic. Herrera con el pasaporte de D. Isidro Díaz, quien decía que se hallaba garantizado por aquel documento, y que solamente por la fuerza saldría de la población. Además, añadió Herrera, si vd. insiste en esta determinación, me verá obligado á renunciar la Secretaría.

Lo sentiré mucho, le contesté; pero si vd. hace su renuncia por este motivo, tendré la pena de aceptarla. Desde luego la hago, me contestó.

Nombré Secretario á un joven Castro, que era empleado en la Secretaría, y continué el desarrollo de mi plan.

Pasé á Díaz una comunicación apremiante, comunicándole que si en el improrrogable término de dos horas no había salido para Pueblo Viejo, me vería obligado á sacarlo por la fuerza.

Previne á la policía vigilara la salida de Tamayo y Díaz. A poco tuve parte de que mis órdenes se habían cumplido; aunque Díaz me mandó una protesta.

Previne á D. Diego Flores que colocara policía en los pasos del río, que vigilaran toda la noche, para que en el caso de que Díaz ó Tamayo regresaran á la población, en el acto, y sin más aviso, los pusieran en la cárcel, dándole parte en seguida.

Mr. Joly, consignatario del paquete inglés, me mandó un dependiente solicitando mi permiso para que cambiase la bandera nacional por la inglesa el pailebot que conducía la plata de la conducta fuera de la Barra, porque temía que fuese capturado por algún buque francés.

Consulté con D. Domingo Rivera, antiguo Oficial de la Marina de Guerra, quien me expresó que para que tal cosa pudiese verificarse, era necesario que el buque cambiase de nacionalidad, abanderándose de nuevo, cosa que exigía trámites y tiempo, y que no estaba en mis facultades concederlo.

Le dí esta respuesta al dependiente de Joly, y viéndolo disgustado por mi resolución, añadí que sería muy divertido que los franceses capturasen los caudales de sus aliados, y que tendría mucho gusto de ello.

Rivera aprovechó aquella coyuntura para pedir una paga, á cuenta de alcances para su hijo, que también servía en la marina; y no satisfecho con las explicaciones que le dí sobre falta de fondos, le manifesté que mientras yo tuviese mando, ningún servidor de Estado recibiría cantidad alguna extraordinaria, y que si él me probaba que había bastante dinero para dar una paga á toda la guarnición, á su hijo le daría, además, una paga extraordinaria.

Don Domingo se retiró disgustado, y yo me dirigí al cuartel de artillería á presenciar la lista de seis.

Cuando el Comandante de la fuerza de Guanajuato se presentó á darme parte de las novedades, le pregunté que tal le había parecido á la tropa la vista del mar, si se había bañado, etc. Contestadas estas preguntas, le dije que si ya estaba listo para marchar. Me contestó que si yo lo disponía, marcharía el día siguiente. No; debe vd. marchar ahora mismo, para aprovechar el fresco de la noche, porque en este clima es muy peligroso marchar de día, principalmente para los *arribeños*.

Visiblemente disgustado, me dijo que no podría verificarlo, porque le faltaban algunos soldados que andaban francos, y porque carecía de acémilas. Con objeto de remover aquellos obstáculos, ordené á la policía que recogiera á los soldados, conduciéndolos al cuartel, y al forrajista de la División, que enganchase inmediatamente un carro, para llevar el bagaje de aquella fuerza, mientras le enviaba mulas que la alcanzasen en el camino.

Removidos los inconvenientes, salió la fuerza cerca de la oración, con su Comandante algo mohino. Previne á éste que no se quedase en Altamira, porque no había donde alojar la tropa, sino que siguiera hasta el rancho del Chocolate, que está un poco más adelante.

Tan luego como aquella tropa salió por la garita, ordené al Teniente Coronel Espinosa que situase en ella cien hombres de su batallón, con instrucciones de que si durante la noche se aproximaba alguna fuerza, le rompiesen el fuego, pues no había ninguna que pudiese venir.

En seguida mandé un extraordinario á Altamira, previniendo al Capitán Perfecto González que ocupase la iglesia con la tropa que tenía á sus órdenes, no permitiendo que los de Guanajuato quedaran en la población.

Cuando estas providencias tuvieron lugar y comenzaron á divulgarse, los principales reaccionarios se marcharon violentamente de la ciudad. El Comandante Pineda fué á presentarse al General Comonfort, que le dió colocación á pesar de cuanto se le dijo de este Jefe, que lo traicionó después.

Desde aquel día se acabaron los chismes. Tampico quedó en la mayor tranquilidad, y yo ya no tuve que ocuparme más que en ver como me arbitraba recursos para la tropa.

El señor Comonfort me escribió muy alarmado, previniéndome que á todo trance salvara la conducta, cuando ya estaba á bordo.

El Ministro de la Guerra, D. Pedro Hinojosa, como tamaulipeco que es, declaró inculpables á los Oficiales que había enviado á México el General Tapia, y los hizo regresar á Tampico con recomendación de que no se les molestase. En consecuencia, se presentaron los Capitanes D. Manuel Solís y D. Adolfo Garza, que colocó después el señor Comonfort.

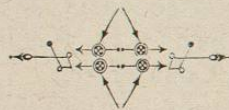
D. Jesús Andrade me escribió que comprendiendo el espíritu de mi carta, había hecho á Tamayo seguir su marcha para Oriente.

Yo tuve el gusto de entregar el mando poco tiempo después, dejando el Distrito del Sur de Tamaulipas en perfecta paz.

REPOSICION.—El Supremo Gobierno de la República, que consideró no había mérito para que estuvieran por más tiempo separados de los empleos militares que servían en esta plaza, los CC. Comandante del 1.^{er} Batallón del Estado, Carlos N. de Cáceres, Capitán pagador, Julián Barrios, Comandante, Capitán 1.^o de arti-

llería Manuel Solís, y Capitán 1º de la misma arma Adolfo Garza Flores, ha dispuesto vuelvan á encargarse de ellos; en tal virtud la Comandancia militar de esta plaza los ha dado de alta en sus respectivos destinos.

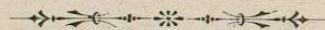
Del Boletín de Noticias de Tampico.



ORGANIZACION

DE LA

Primera División del Ejército
del Norte.



Organización y Operaciones

DEL

Cuerpo de Ejército del Centro

1861. 1862. 1863.

